

Cover

PAOLA ZANNONER

# la Banda de las chicas

## La carrera de Elena



¡Con pegatinas!

LABERINTO



Título original: *La gara di Sveva*

© 2013 Giunti Editore S.p.A., Firenze – Milano

[www.giunti.it](http://www.giunti.it)

Dirección editorial: Ana Belén Valverde Elices

Texto original: Paola Zannoner

Ilustraciones: Linda Cavallini

Traducción: Sara Cano Fernández

© 2015 Ediciones del Laberinto, S. L., para la edición mundial en castellano

ISBN: 978-84-8483-793-0

Depósito legal: M-18880-2015

EDICIONES DEL LABERINTO, S. L.

[www.edicioneslaberinto.es](http://www.edicioneslaberinto.es)

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

<<http://www.conlicencia.com/>>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



## La carrera de Elena



LABERINTO

# Capítulo 1

## ¡Por fin!

**H**oy es el primer día de vacaciones.

—¡Por fin! —grita Elena mientras baja las escaleras corriendo. La frase resuena por todo el edificio.

—Por fin ¿qué? —le pregunta la señora que vive en el primer piso y que acaba de aparecer en el umbral de la puerta, jadeante.

—¡Hoy es el primer día de vacaciones! —anuncia Elena alegremente, saltando los últimos tres peldaños de la escalera de un brinco.

La señora, que se llama Irene, la mira con desaprobación y gruñe:

—Será el primer día de vacaciones para ti, pero para mí no. Mira: acabo de volver del trabajo.

Elena no se desanima y replica:

—Bueno, pues entonces sí que estás de vacaciones. ¡Descansa! —y echa a correr, escabulléndose por la entrada abierta del portal.

La vecina, mientras tanto, la regaña:

—¡Pero menudo piquito de oro! ¡Y ni siquiera te despides!

—¡Sí, adiós! —le grita Elena, apresurándose en dirección al garaje de su abuelo.

No tiene tiempo que perder en charlas. Mientras el pueblo entero duerme la siesta después de almorzar, el abuelo la espera en su garaje.

—¡Abuelo! —grita Elena mientras atraviesa la puerta entreabierta.

—¡Ssshhh! —susurra él, con el índice sobre la nariz—. ¡La abuela está durmiendo!

Elena se encoge de hombros.

—¿Y qué? —todo el mundo sabe que su abuela no escucharía ni un cañonazo mientras duerme, en parte porque tiene el sueño muy pesado y en parte porque últimamente ha perdido un poco de oído.

—No debes gritar —añade el abuelo como si hubiese escuchado todo aquel razonamiento mental.

—¿Te acuerdas de lo que tenemos que hacer? —susurra ella entonces.

—Pues claro —responde el abuelo, también en un susurro y guiñándole un ojo.

Es mucho mejor hablar en voz bajita; podría ser que alguien hubiera puesto la oreja para escucharlos. Aunque parezca que no hay nadie cerca, en el pueblo todo el mundo se entera de los asuntos de todo el mundo, y murmuran y comentan acerca de ellos sin parar.



Elena también está siempre al corriente de todo lo que pasa. En gran medida, porque los mayores, cuando hablan, piensan que ella no se entera de sus conversaciones; pero sí que se entera, y vaya si se entera. Y también porque Elena no es de las que se queda encerrada en casa todo el día delante de la tele. En la tele no hay nada interesante de lo que enterarse. En cambio, por la calle, en la plaza, en el bar, en el club deportivo, en los parques... ocurren cosas para todos los gustos. Y además le pasan a gente que ella conoce, por lo que resultan mucho más interesantes.

Sin embargo, esta vez nadie debe enterarse de sus asuntos. Por eso ha quedado tan temprano con el abuelo, en el garaje que él nunca llama garaje, sino «laboratorio».

Efectivamente, en ese garaje no hay ningún coche ni ninguna moto, solo una mesa con muchísimas herramientas. Además, una parte del garaje la usa exclusivamente el abuelo, mientras que la otra es de la abuela, que ha organizado allí su «despensa», llena de paquetes de pasta, latas de conserva, frascos con salsas y mermeladas que hace ella misma o bien alguna de sus vecinas.

Porque, además de cuchichear, en el pueblo la gente se intercambia comida: fruta y verdura, frascos de conservas en aceite y en vinagre, mermeladas y dulces, tartas, lasañas y hasta el caldo de pollo, que a la abuela no le gusta, pero lo acepta para no hacerle un feo a sus vecinas.

De todas maneras, Elena no ha venido a pensar en su abuela y en su despensa, sino en su misión secreta.

—¿Estás preparado, abuelo? —susurra, con expresión cómplice.

—Y tú ¿estás preparada? —dice él.

—¡Claro!

Y, entonces, el abuelo agarra un lado de la tela y, con un gesto de mago, la levanta por los aires, descubriendo lo que hay debajo. Elena se tapa la boca con las manos para evitar soltar un grito de alegría. Luego comenta, contentísima:

—¡Por fin!

Es exactamente tal como se la imaginaba.

## Capítulo 2

# Dos, tres, ¡cuatro ruedas!

**P**ero hay que explicar lo que ha pasado desde el principio.

Elena tiene nueve años y es una gran deportista. Lleva todo el invierno recorriendo las callejuelas del pueblo con sus patines en línea. Habría ido con ellos incluso al colegio, pero su madre no atendió a razones:

—Pierdes demasiado tiempo quitándotelos y poniéndote los zapatos.

—¡Pero si tardo un minuto! ¡Mira! —había intentado convencerla ella, enseñándole lo rápido que podía quitarse los patines.

Pero, por mucho que se aplicara, la verdad es que un ratito sí que tardaba. Así que su madre se mantuvo firme:

—No, no está bien. Además, ¿dónde los vas a guardar?

—Debajo del perchero de los abrigos —propuso Elena.

Su madre sacudió la cabeza:

—No, no. Ahí estorban. No creo que se puedan llevar patines al colegio.

